

La Vida contemplativa

Quisiera iniciar esta pequeña charla agradeciéndolos en primer lugar que me permitáis compartir mi experiencia de vida contemplativa como carmelita descalza; ante todo es un don totalmente gratuito del Señor que intento vivir con agradecimiento profundo a Él que es quien me lo regala.

La vida contemplativa tiene su fundamento en Dios que es quien nos convoca, nos llama a estar con Él, tenerle como centro de nuestra vida, y nos capacita para responder a su amor. Siempre tiene la iniciativa el Señor; S. Juan de la Cruz lo expresa bellamente cuando dice: "Es de saber que si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella". (LI 3, 28). También Santa Teresa nos plantea la vida como una iniciativa constante de Dios buscándola para entrar en relación: "Comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba que yo las quisiese recibir" (V 23, 2).

Cuando la persona responde, entonces Dios se desborda; provoca, espera que nos abramos a Él mismo. Y esto constituye la experiencia de quien quiere **estar con Él** que es el núcleo esencial de la vida contemplativa. "Darse del todo al Todo" (sin hacerse partes) (Sta. Teresa). Este fue el punto de partida de mi primer paso vocacional, esta llamada que vivo y recuerdo con agradecimiento.

Y ¿cómo vivo esta llamada? Como un viaje podría decir, como un camino que junto a mis hermanas de comunidad voy recorriendo. El centro es Jesús, es por y para quien vivimos, una vida de relación con Él, con las hermanas, con toda la iglesia, la humanidad. **La vida en clave de relación de amistad es lo que nos define a las carmelitas descalzas.** Esto que parece sencillo es todo un proceso de educación del YO, del ser. Recrear mi yo en libertad: entregarle mi ser para que Él quite y ponga lo que facilite y promueva esa relación de amistad. La oración, "advertencia amorosa a Dios" (S. Juan de la Cruz) me ha de llevar a amar a los hermanos. Y si no, no vivo en la verdad, me estoy auto-engañando.

En realidad, no se trata de buscar un perfeccionismo de la persona sino en ir transformándola para que sea una persona para los hermanos. **Libertad para amar y servir** nos dicen nuestros santos padres.

Santa Teresa cuando define lo que es la oración, dice:

"La oración es tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama".

Y este trato de amistad es un aprendizaje que dura toda la vida. La oración es cuestión de vida. Cuando le piden que hable sobre oración, ella dice que antes que nada, hacen falta tres cosas para **ser orantes**. Incide en el SER, más que en el hacer oración ("El verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del

amado. ¡Recia cosa sería que solo en los rincones se pudiese traer oración" F 5, 16), es la transformación necesaria para conocernos y conocer a Dios y desde ahí, relacionarnos con Dios y con los hermanos. Sin el empeño de amar al hermano, de liberarse de toda atadura y de obrar la verdad, no hay posible oración-amistad.

Estas tres cosas que constituyen el alumbramiento de un ser nuevo son:

- **Amor de unas con otras.** Amar no es gustar sensiblemente, no es contentarse sino contentar al amigo. Aprender a dialogar, a convivir, vivir-con, ser-en-relación. El amor termina siempre en el otro, el sentimiento termina en la propia persona que lo tiene. Este amor nace de una visión teológica: Dios como principio y horizonte, como presencia constante, motivadora. Es el que me provoca a amar.
- **Desasimiento.** Es liberarse de todo lo que estorba para amar, entregarse a los hermanos. "asidas solo a ÉL". Hallar todo en Jesús, "desasidas de todo lo criado".
- **Humildad** es andar en verdad, es abandono activo y confiado en Dios que nos hace fuertes y animosas para amar. La verdad me ha de hacer libre para amar. "El verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare Dios" (C 17, 6). "Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene; no hay para qué le aconsejar lo que ha de dar" (2M 1,8).

Es una camino que requiere además, una **"muy determinada determinación"**: querer vivir teológicamente, o sea, atento al Amigo, contentar solo a Dios: "Todo el punto está en que le demos el corazón por suyo con toda determinación y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa propia" (C 28, 12). Es voluntad decidida de "ayudar a Cristo a llevar la cruz" (V 15, 11), "abrazarse con la cruz que el Esposo llevó sobre sí".

Quizás alguno se pregunte y todo esto ¿cómo se palpa en la vida cotidiana? La verdad es que cuando Paco me pidió hablar sobre mi vida en plan testimonial, lo primero que me vino a la cabeza fue decir: El testimonio que puedo ofrecer (si es que los nervios no me bloquean) es hablar de todo lo que el Señor ha ido haciendo en mí a lo largo de esta "aventura" que es la vida cotidiana en una comunidad de hermanas que también han sido convocadas por Dios y que ciertamente formamos un "pequeño colegio de Cristo", en palabras de la Santa; compartir vida en comunión fraterna: "Juntos andemos, Señor, por donde fuereis tengo que ir; por donde pasareis tengo que pasar" (C 26, 6).

Lo único que voy intentando hacer (deseos que no siempre se materializan como una espera) es DISPONERME a que Él actúe, dejarme mirar por Jesús ("Los ojos en vuestro Esposo" "Mire que le mira" "No os pido más que le miréis" "ponerse en soledad y mirarle dentro de sí"), abandonarme en sus manos y darle mi voluntad.

La experiencia me ha ido enseñando que este proceso tiene sus "luces y sus sombras", sus muertes y sus resurrecciones. S. Juan de la Cruz nos habla de las "purificaciones", "noche oscura", términos que quizá nos puedan asustar por la connotación negativa que se le han dado, porque no se ha hecho hincapié en que es la **experiencia de saberse amada por Dios** la que precede a la purificación ("*agrandamiento del SI de la persona*" según Maximiliano Herráiz); ésta (la purificación) hunde su raíz y su sentido en el AMOR que Dios quiere regalar a la persona; (es antes la mística que la ascética) y porque quiere embellecerla, devolverle su grandeza, "igualarla consigo", "mostrarle a amar y darle la habilidad para ello" (C 38, 4), por eso, tiene que "trabajarme" al igual que hace un escultor con su obra. Y lo va haciendo al paso de cada persona: "ordenadamente, suavemente y al modo de la misma alma" (2 S 17, 3). Me ayuda mucho saber que es el Señor el que se va acoplando a mi ritmo, mi paso para ir "transformándome".

Este proceso es doloroso, no voy a decir que sea fácil, vives momentos, tiempos de auténtica oscuridad en que no entiendes nada de lo que te pasa ni estás viviendo. Y ¿qué hacer? "agarrarme" a Jesucristo, dejarme sostener por los hermanos que el Señor ha puesto a mi lado y me acompañan, permanecer, "perseverando en paciencia" (1 N 10, 3) como pueda, esperando en fe.

- "Viva en fe y esperanza, aunque sea a oscuras, que en esas tinieblas ampara Dios al alma. Arroje el cuidado suyo en Dios, que Él le tiene; ni la olvidará. No piense que la deja sola, que sería hacerle agravio" (Carta a una carmelita descalza antes de Pentecostés)

- "permanecer en la noche" "ser fiel al encuentro, no deje la oración por nada del mundo", "mirarle a ÉL" son consignas a las que una y otra vez he tenido que acudir para, "ni temer las fieras y pasar los fuertes y fronteras" (Cántico espiritual 3).

A medida que voy caminando, "adentrándome en la espesura" en palabras de S. Juan de la Cruz, no puedo menos que seguir dando gracias al Señor porque me va enseñando esa ciencia del amor que no se aprende sino en el libro de la vida. Porque ciertamente voy atisbando que el Señor no desea otra cosa sino "amarnos tal como es él" (**Leer LI 3, 6) (pág. 827)**).

Nuestra vida contemplativa quiere ser un testimonio de ese amor de Dios a todo ser humano viviendo en clave teologal todos los acontecimientos que día a día configuran nuestra existencia, abiertas al mundo y a la Iglesia: "procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para que valgan para los que son defenedores de la Iglesia", "Estando encerradas peleamos por El".

Nuestra jornada está vertebrada por la liturgia: Eucaristía y Oficio divino. Combinamos los tiempos de soledad y silencio, necesarios para el encuentro a solas con el Señor (al menos tenemos 2 horas de oración personal) con tiempos de recreación (2 al día) donde cada una aporta con espontaneidad y sencillez lo que desea para ir construyendo un ambiente de familia. El estudio de la Palabra de Dios, ensayo de cantos para embellecer la liturgia son tiempos que forman parte de nuestra vida cotidiana.

Procuramos llevar una vida de sobriedad y sencillez, trabajando para ganar nuestro sustento y ayudar a las necesidades de la Iglesia y de los hombres.

Una de nuestras hermanas, Edith Stein reflejó en uno de sus textos lo que quiere ser la vida de la carmelita descalza:

"Para las carmelitas, en sus condiciones de vida cotidiana, no existe otra posibilidad de responder al amor de Dios si no es cumpliendo sus obligaciones diarias, hasta las más pequeñas, con fidelidad; como un pequeño sacrificio, que exige de un espíritu vital la estructuración de los días y de toda la vida, hasta en sus detalles más pequeños, y esto llevado con alegría en el día a día y año a año; presentando al Señor todas las renunciaciones que exige la convivencia constante con personas totalmente distintas, con una sonrisa de amor; no dejando escapar ninguna ocasión de servir a los demás con amor. A todo ello hay que añadir, finalmente, lo que el Señor pide a cada alma como sacrificio personal".

Quisiera terminar con una preciosa oración de S. Juan de la Cruz que expresa con una hondura exquisita la grandeza del amor de Dios que a todo ser humano desea regalar:

"Recuérdanos tú y alúmbranos, Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste a hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros" (LI 4, 9).